

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE 85

Quito-Ecuador, Abril del 2012

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo de Coyuntura: Protesta social y reactivación de la oposición política / 7-24

Conflictividad socio-política: Noviembre 2011-Febrero 2012 / 25-34

TEMA CENTRAL

El reino (de lo) imaginario: Los intelectuales políticos ecuatorianos
en la construcción de la Constitución de 2008

Pablo Andrade A. / 35-48

Los intelectuales en su laberinto (la ilusión de lo político)

Roberto Follari / 49-58

Gramsci y los intelectuales

Hernán Ibarra / 59-72

La desvinculación social y el intelectual disidente

Osmar Gonzales Alvarado / 73-84

Intelectuales indígenas ecuatorianos: tensiones y desafíos
ante el sistema educativo formal

Alejandra Flores Carlos / 85-100

Gobernabilidad y autonomía. Dos cuestiones claves para el estudio
de los profesionales y expertos

Ricardo González-Leandri / 101-110

DEBATE AGRARIO-RURAL

Comunidades y territorio en la Costa del Ecuador

Rafael Guerrero / 111-136

2 Índice

ANÁLISIS

Condición laboral y proyecciones culturales en San Andrés, cantón Guano
Juan Fernando Regalado / 137-154

La derrota de las organizaciones socialistas en México (Estado de Hidalgo)
1917-1942

Pablo Vargas González / 155-174

RESEÑAS

San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio / 175-178

Runakunaka ashka shaikushka shinami rikurinkuna, ña mana tandanakunata
munankunachu: la crisis del movimiento indígena ecuatoriano / 179-182

La desvinculación social y el intelectual disidente

Osmar Gonzales Alvarado*

Las intensas transformaciones de la sociedad y la política han alterado el papel de los intelectuales. En las actuales circunstancias su intervención debe estar asociada a una recuperación del espacio público y la política que considere una posición crítica que no puede estar por encima de los conflictos sociales.

La sociedad actual, marcada por el avance tecnológico y por la despolitización debe poner sobre la mesa un tema central: reformular los proyectos políticos, reconstituir el pensamiento político. Ello corresponde a los intelectuales socialmente comprometidos pero que al mismo tiempo sean disidentes, es decir, que cuestionen radicalmente lo existente. Y su papel se hace más evidente cuando vemos que los propios políticos participan o impulsan la despolitización de la vida colectiva y los poderes económicos han capturado los espacios de la lucha por el poder político y de las ideas políticas.

De hecho, el impacto que pueden tener las ideas políticas está en directa relación con la sociedad en la que se inscriben. En tanto el pensamiento político

está interesado en explicar los temas del poder y de la conformación de las sociedades, afronta un doble reto en la hora actual: tramontar una sociedad o tejido social poco receptivos a él y reflexionar sobre su propia pertinencia.

En el presente artículo tomo como referencia (solo eso) el caso peruano del gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000) para tratar de extraer implicancias y lecciones que nos permitan entender el momento que nos toca vivir. Apelando a autores clásicos y contemporáneos indagando sobre el tipo de sociedad que se está formando, el papel que cumplen los políticos y las organizaciones políticas y, finalmente, me concentro en las responsabilidades que debe asumir el intelectual en el mundo tan drásticamente modificado que nos toca vivir y analizar.

* Sociólogo peruano (Lima, 1959). Maestro en Ciencias Sociales por FLACSO-México, y doctor en Ciencia Social por El Colegio de México. Ha sido sub-director de la Biblioteca Nacional del Perú, director de la Casa Museo José Carlos Mariátegui, del Ministerio de Cultura, entre otros cargos. Especializado en sociología de los intelectuales, ha publicado varios libros sobre dicho tema, así como ha colaborado en numerosas revistas especializadas de nuestro continente y Europa.

Sociedad inalámbrica

Distintos analistas que han buscado explicar las claves de la sociedad actual no dejan de transmitir cierto pesimismo acerca de ella. Para algunos se trata de una que ha perdido todo sentido,¹ como un barco que va a la deriva, dominado por fuerzas externas y a las que no puede ni quiere controlar. Como consecuencia, carece de proyecto y el futuro es reemplazado por un presente que es vivido como casi perpetuo. Otros autores señalan, también con desazón, que los individuos de la era tecnológica han perdido la capacidad de relacionarse entre sí y, en su lugar, predominan las relaciones a distancia e impersonales.² En el peor de los casos, emerge un tipo de individuo autárquico, autosuficiente y narcisista que impide la constitución de un tejido social.³ Envueltos estos procesos sociales por la malla tecnológica, los rostros son sustituidos por las pantallas, sean de televisión, de celulares o de computadoras; en todo caso, la mirada sobre el resto está mediada por píxeles, o por la calidad de la misma pantalla, pero ya no por la interacción inmediata entre los seres humanos.

Para muchos, como Giovanni Sartori, el acto de telever⁴ deteriora el gusto por la lectura, la cual es un medio que sostiene la convivencia humana y afianza capacidades y valores.⁵ La persona pierde su capacidad de concentración, de reflexión y de crítica, por lo tanto, su cualidad de ciudadano se ve deteriorada para beneficio de organizaciones políticas autoritarias en su contenido, más allá de las formas constitucionales que puedan suponer. Por otro lado, la predilección por la tecnología –que reemplaza mas no refuerza las relaciones personales– es uno de los factores que han llevado a una crisis sin precedentes a la vinculación social; por ello, Pietro Barcellona reclama que es preciso recuperar el vínculo social, indispensable para llevar a cabo cualquier proyecto político, y más aun si es de cambio. De esta manera, la densidad del tejido social se reblandece y da paso a la centralidad del individuo desconectado, sin ligazones, indiferente y egoísta. Se trata, en suma, de una sociedad inalámbrica, para tomar la metáfora de Zygmunt Bauman.⁶

Este narcisismo, que es producto y reproduce a su vez la “era del vacío”, según la denominación ya aludida de

1 Zaki Lâidi, *Un mundo sin sentido*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

2 Pietro Barcellona, *Posmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*, Trotta, Valladolid, 1992. También se pueden consultar las últimas reflexiones de Alain Touraine como *¿Podremos vivir juntos?* (1997), *La mirada social* (2009), *¿Cómo salir del liberalismo?* (2010).

3 Gilles Lipovetski, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1986.

4 Giovanni Sartori, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 1998

5 Entre los muchos textos que se pueden revisar, véase el artículo de George Steiner, “Tiempo de inventarios. Las bibliotecas de Babel”, en *Libros&Artes. Revista de cultura de la Biblioteca Nacional*, núm. 3, Lima, noviembre de 2002.

6 Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

Lypovetski,⁷ ha llegado a niveles que difuminan los límites entre lo público y lo privado. Es más, este ámbito –el privado– necesita de la esfera pública –y la funcionaliza en su provecho– para adquirir cierto sentido, aunque sea temporal o superficial. En este mundo desconectado, prevalece el afán intenso por parte del individuo por exponerse, casi por ponerse a la venta; este tipo de individuo detesta la oscuridad, rehúye las sombras. Permanecer en el anonimato equivale a una forma de morir para él. Sobre este tipo de ciudadano se erige un tipo de organización política que fomenta y estimula el aislacionismo del individuo y diseña instituciones para fragmentar la sociedad y volver a las acciones colectivas como inútiles y hasta como estorbos en el camino de la búsqueda de la felicidad individual. Con ello, obviamente, se mantiene el estado de cosas inalterado, curiosamente en beneficio de poderes que no son necesariamente políticos, sino económicos. En este sentido, la absorción del aspecto político por las urgencias económicas (de esos poderes) regresan al ciudadano a una sola dimensión, despojándolo incluso de su capacidad creativa (la cultura) y de consciencia para la lucha por sus intereses (la política). En otras palabras, a mayor imposición de los intereses económicos, menos política, por lo tanto, menos calidad ciudadana. Para tomar las reflexiones de Bauman, nuevamente, el

orden imperante crece a costa de producir sus propios desechos personales, lo que sus ideólogos llaman despectivamente y con frialdad técnico-militar, “daños colaterales”.⁸

Las llamadas redes sociales o virtuales han desplazado –o lo están haciendo– a los grupos sociales. Como ha afirmado Alain Touraine, vivimos en una sociedad despersonalizada,⁹ que está impedida, así, de conformar acciones colectivas para bienes colectivos. Esas redes sustitutas –o superpuestas– del tejido social se convierten en los escenarios adecuados para la exhibición (impúdica, a veces) de los sujetos, aun cuando se trate de los espacios más íntimos, que además llegan a ser comercializados. En este momento, los medios de comunicación cumplen con su propósito para idiotizar a los ciudadanos, especialmente la televisión basura, pero también existe el periodismo escrito basura, el que en lugar de promover la reflexión crítica de los individuos los atonta y adormece como tales. De esta manera, se puede constatar una cierta cadena de relación entre el individuo atomizado, la desvinculación social y el imperialismo de la lógica económica. La política casi no interviene en ella. Paradójicamente, el poder del orden político se hace más consistente cuando menos interviene la política.

En efecto, la política y las ideas políticas no tienen lugar en esa cadena men-

7 Gilles Lypovetski, *op. cit.*

8 Zygmunt Bauman, *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011.

9 Véase el comentario de Hugo Neira, *Campo de Marte. El teatro vacío del mundo*, Discurso de orden al acto de honoris causa al sociólogo Alain Touraine. www.bnp.gob.pe

cionada. En un escenario como el descrito, el desencanto cobra importancia, no hay aspiraciones de un futuro a no ser el individual. Como consecuencia, el sujeto ya no solo es unidimensional, también es unitemporal. Ve el pasado como un lastre y el futuro no tiene importancia o le causa temor. En este sentido, sí se trataría del fin de la historia. En ese aquí y ahora totémico, valores como la solidaridad, la igualdad o la justicia pierden todo su espesor y sus funciones vinculantes de individuos y proyectos. Por ello, quizás tiene razón Norbert Elías cuando afirma que las utopías-sueño han sido reemplazadas por las utopías-pesadilla: si es posible prever un futuro éste será de caos y destrucción.¹⁰

Nuevamente, estamos ante un escenario que inhibe la acción mancomunada; las utopías-sueño políticas (cuyos ejemplos paradigmáticos se conformaron en el siglo XIX, especialmente el marxismo) son vistas como parte de un romanticismo trasnochado. El correlato político es el fracaso de las organizaciones políticas sustentadas en valores trascendentales. Quizás ello exija una nueva forma de entender la confección de utopías. Para decirlo con otras palabras, el corroído tejido social así vulnerado no puede ser capaz de generar –o lo hace con demasiado esfuerzo– movimientos sociales, colectividades y, menos, encarnaciones de proyectos políticos consis-

tentes, que no son o no debieran ser otra cosa que diseños ideales de construcción de sociedades mejores. En la lógica individualista y mercantilista el sujeto deviene objeto, el productor consumidor, el ciudadano mercancía. Nuevamente, en palabras de Bauman:

...ese marco existencial que conocemos como ‘sociedad de consumidores’ se caracteriza por refundar las relaciones interhumanas a imagen y semejanza de las relaciones que se establecen entre consumidores y objetos de consumo. Tamaña empresa sólo fue posible gracias a la anexión o colonización, por parte del mercado de consumo, de ese espacio que separa a los individuos, ese espacio donde se anudan los lazos que reúnen a los seres humanos y donde se alzan las barreras que los separan.¹¹

La mano invisible del mercado también devora a las personas. Bajo estas condiciones, la pregunta que formulara Touraine hace poco, ¿podremos vivir juntos?,¹² no tiene una respuesta muy esperanzadora. Todavía creo que es oportuno re-leer a Marx, especialmente en su alegato antropocéntrico, es decir, colocar al ser humano en el centro de las relaciones y de los objetivos, terminar con la alienación de la persona; jamás como ahora el individuo se ha vuelto tan cosa, solo bien de cambio. En esta realidad ¿es posible que las ideas

10 Norbert Elías, “¿Cómo pueden las utopías científicas y literarias influir sobre el futuro?”, en Vera Weiler (compiladora), *Figuraciones en proceso*, Fundación Social, Santa Fé de Bogotá, 1998.

11 Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, op. cit., p 24.

12 Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997.

políticas puedan generar algún tipo de adhesión y de acción?¹³

Políticos desconectados

Pero si la vida social ha variado sus fundamentos, la política tampoco parece encontrar muchas razones para reclamar su importancia. Buscar la felicidad común o construir la vida buena no tienen que ser anhelos del pasado, que ya no deben inundar nuestras expectativas, como si ya no tuvieran razón de ser. Es más, considero que para que la política adquiera nueva legitimidad social es preciso que se imponga la tarea de edificar órdenes sociales y políticos inclusivos; en donde la lógica económica –y a veces también la judicial o legal– no impongan autoritariamente sus reglas.

La construcción de un orden político-social es una tarea y una demanda eminentemente política. Pero la política, hoy, ha perdido sustancialidad, más parece un conjunto de gestos, movimientos y discursos sin fundamentación; las ideas le parecen estorbar, incomodar, no entran en su concepción de poder y organización social. Le resulta suficiente la exposición pública, y mientras más espectacular, mejor. Lo peor es que no necesita de mucho más, salvo algunos lugares comunes, metáforas sin sustancia y clichés para desacreditar al adversario

(populista o caviar son los más utilizados para tocar el caso peruano). Basada en estigmatizaciones, es muy poco probable que la política de ahora pueda cultivar el diálogo, menos el debate.

La proyección ideal de la vida buena ha sido sustituida por el instante feliz, y la felicidad común por el goce individual. Los proyectos de la modernidad, efectivamente, han sido desplazados y arrinconados, pero no han sido sustituidos por otros superiores; en el mejor y peor de los casos han sido reemplazados por el tedio y la incertidumbre, que son el no-hacer. La llamada opinión pública que tanto se encomia, en términos concretos, no existe, pues para ello se requiere de ciudadanos informados y atentos a los asuntos públicos.¹⁴ En todo caso, solo se le puede reconocer u observar gracias a la manifestación ocasional frente a temas coyunturales que usualmente los (im)ponen los medios de comunicación y no el debate político-ideológico. El ágora, el espacio de discusión pública, es prácticamente inexistente, y quienes deben darle contenido, es decir, los políticos, no se dan por enterados y actúan de espaldas a los reclamos de los ciudadanos. Estamos frente a políticos desconectados que calzan muy bien con la sociedad inalámbrica. Los resultados de las constantes y fatigantes encuestas nos señalan clara-

13 Lo hasta aquí descrito está en directa relación con una parte del Perú, la más moderna y modernizada, aunque no se puede negar que existen otras realidades diversas y hasta opuestas. En su momento, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre enfatizaron la convivencia de diferentes formas productivas cobijadas bajo el mismo Estado, pero habría que agregar que esa simultaneidad de tiempos también debe incluir a las formas de sociabilidad y a las cualidades políticas: el sirvo con el ciudadano, la democracia liberal con la lógica de las haciendas.

14 Un muy sugerente análisis es el del PNUD, *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Buenos Aires, 2004.

mente la deslegitimación que sufren los políticos y las instituciones que gobiernan. Fenómeno global, no particular.

Los partidos políticos, por su parte, han debilitado su presencia. Sus estructuras organizativas, sus programas y sus liderazgos brillan por su ausencia, reduciéndolos casi a logotipos y a aventureros con mejor o peor capacidad oratoria. En su caso ahora el medio sí es el fin. ¿Cómo puede un supuesto líder proponer una idea movilizadora y legítima si la política ha perdido toda posibilidad de producir reflexiones y si solo se dirige a individuos atomizados. El militante –que algo tenía de heroico– ya dejó de ser central en la constitución partidaria; y a su vez el sentido heroico ha sido desplazado por el pragmatismo individualista. Dentro de este marco, el transfuguismo es casi una consecuencia lógica; como no hay identidades sólidas tampoco hay lealtades estables. La adscripción consciente a un proyecto deja su lugar al posicionamiento circunstancial según el cálculo costo-beneficio. Nuevamente, el cálculo económico por sobre la estrategia política.

Las organizaciones políticas y los ciudadanos despolitizados: el caso del fujimorismo

La responsabilidad que debe ser atribuida a las organizaciones políticas consiste en que renunciaron o se reconocieron incapaces para recobrar el lugar que deben ocupar como agentes que encaucen el desarrollo y re-construyan el orden social.

Dicha debilidad de las organizaciones políticas que las imposibilitan encarnar poderosas corrientes de opinión y

profundos intereses sociales, esconde un problema mucho más de fondo, y es la ausencia de propuestas globales frente a los problemas sociales, de formulación de qué orden se pretende construir, de qué porvenir se quiere forjar. Los debates ideológicos y políticos –que constituyen importantes bases para re-pensar lo señalado– repito, han desaparecido de la escena pública. La propia identidad del político se desvanece ante nuestros ojos. Ya no es más el líder que dirige a su colectividad hacia un fin, hoy se le reconoce como el gerente de intereses privados aprovechando la esfera pública, precisamente. Sin responsabilidad ante sus bases o sus electores; con claros visos de corrupción y, para colmo, haciendo hincapié en que la política en sí misma es negativa. Tampoco es el tribuno que expone ante la opinión pública sus ideas de lo que es el poder y la organización social; por el contrario, es la medianía que apenas lee mecánicamente los discursos que tiene ante sus ojos y que sus asesores le han redactado cuyo contenido se entera solo una vez instalada ante la audiencia.

En la vida política del Perú, gran parte de esta minimización es producto del objetivo conscientemente desarrollado desde el poder por el fujimorismo (1990-2000), cual fue el de desacreditar y luego pulverizar a las fuerzas políticas que encontró y a las que banalizó como “tradicionales”. A ello contribuyeron, sin lugar a dudas, los propios líderes que no tuvieron respuesta ante el gobierno autocrático que se instalaba, y que terminaron siendo presas de la supervivencia inmediata sin renovar sus discursos y, sobre todo, sin reelaborar sus propuestas frente al problema nacional. Incluso,

hubo muchos políticos que prefirieron el camino cómodo de seguir la corriente fujimorista, aun cuando ello significara la renuncia a todo aquello que los había identificado previamente. Si el fujimorismo tuvo éxito en la despolitización de la vida peruana en gran parte fue por responsabilidad (o irresponsabilidad sería mejor decir) de buena parte del *staff* político peruano de los años noventa. El fujimorismo avanzaba por el sendero que abandonaban los propios políticos.

Pero al mismo tiempo, el fujimorismo también modeló un tipo de ciudadano despolitizado, funcional al propósito de ejercer el poder arbitrariamente, sin contrapesos ni oposición. La prensa comprada corruptamente por el poder, la emisión de programas que estaban dirigidos a aletargar los reflejos críticos de los ciudadanos, la prensa escrita dispuesta a exacerbar los instintos antes que la razón con la exposición sin (auto) censura de sangre y sexo. En consecuencia, se formó un tipo de ciudadano que no necesitaba de grandes campañas políticas para ser convencido en el momento de depositar su voto. La propia extensión y densidad de los discursos presidenciales son un buen indicador, cada vez más pequeños en tiempo y en ideas. Brutalizar a la opinión pública implicaba simultáneamente mayor campo de maniobra para el fujimorismo encaramado en el poder. Esto es lo que heredaron los gobiernos post-Fujimori y que no han modificado, sea por incapacidad o por interés de que las cosas se mantengan inalterables.

Entonces podemos observar a individuos que no les interesa escuchar y a políticos que solo hablan auto-referidamente: no hay comunicación ni diálogo.

La política dejó de ser el ágora de discusión, debate y acuerdos. En el amplio campo que gozan los que fungen de políticos no existe lugar para el consenso ni la participación ciudadana. Esta realidad que nos resulta evidente, esconde algo que en el fondo puede resultar contradictorio, y es que en la era de grandes avances de la tecnología y la información no se ha constituido un terreno común en el que el intercambio de ideas y proyectos se produzca y sea beneficioso para la vida social. Al parecer, la sociedad de la información solo transmite mensajes. La velocidad con que vuelan los mensajes no tiene ninguna influencia en la calidad de la sociedad.

Paradójicamente, los medios de comunicación no comunican, sustituyen. La debilidad del tejido social y la precariedad de la política sobredimensionan el papel de los medios. Ante su crisis, el ágora es sustituida por el *set* de televisión o la pantalla virtual. Los actores políticos son cada día más actores que políticos. De muchas maneras, el líder político parece un conductor de *talk show* que dice respetar a la colectividad que tiene al frente pero que en verdad desprecia y manipula. Esto se facilita porque la ciudadanía ha abandonado —como ya he sostenido— su interés por la política. A pesar del discurso que escuchamos diariamente acerca de la transparencia y de la importancia de la sociedad civil, lo cierto es que no existe un efectivo control de ella sobre los asuntos del Estado y del poder. Por el contrario, se puede decir que, como nunca antes, el poder se mueve en terrenos ocultos ante los ojos ciudadanos. Entonces podemos preguntarnos ¿qué pactos y acuerdos se

pueden llegar a construir sobre dicha base, es decir, políticos desafectos y ciudadanos a-críticos?

La política de hoy se parece al accionariado difundido: cada accionista (el ciudadano) tiene una pequeña parte de ella, pero solo vela por su acotado interés (el interés local o individual), mientras que el dueño de la empresa (el político) decide a su antojo y sin rendir cuentas. Sobre un terreno así qué difícil es construir un régimen político democrático, más allá de que funcionen –a medias, además– los procesos y los plazos de la formalidad institucional.¹⁵ Es notoria la ausencia del puente entre la política y la sociedad, si antes fue débil hoy se presenta como rota. Los intelectuales podrían funcionar como ese vínculo, pero tampoco cuenta con las mejores condiciones para su ejercicio.

Los discursos de la actualidad

El desencanto de los ciudadanos, los políticos que no ofrecen sentido a sus acciones y un espacio público que no se muestra como el escenario propicio para el debate son anudados por dos discursos distintos pero que tienen algunos puntos de coincidencia, me refiero al posmodernismo y al globalismo. El discurso de la posmodernidad se sustenta en su crítica a la herencia del Iluminismo, a la racionalidad y al positivismo.

Considera que los metarrelatos que dieron forma a la modernidad han quedado atrás y corresponden a otra época. Asimismo, cuestiona la ficción del Estado como contenedor de la identidad colectiva o nacional. Pero por otro lado, el posmodernismo tiene un rasgo democratizador en la medida que libera al individuo de cargas discursivas y de identidades heredadas.¹⁶ Sin embargo, no ofrece posibilidades, desde sus claves analíticas, de pasar a la constitución de un proyecto político desde el encomio del individuo.

Por su parte, la ideología de la globalización, como señala Ulrich Beck, es decir, el globalismo,¹⁷ edifica su mirada desde la preeminencia de lo económico, deja de lado el aspecto de la convivencia social, pretende construir la ficción de vivir un tiempo mundial homogéneo, difumina no solo las fronteras entre los estados sino que pretende anular las identidades colectivas y, para completar el panorama, incentiva una forma de darwinismo económico: solo los que compiten con éxito (y eso depende de qué capacidades han adquirido) pueden gozar de los beneficios del mercado globalizado. Sin embargo, como sabemos, las identidades llamadas tradicionales o pre-modernas, es decir, no competitivas en el mundo global, mantienen en los países no desarrollados su presencia y vitalidad. De algún modo, pueden consti-

15 Carlos Strasser, *La vida en la sociedad contemporánea. Una mirada política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

16 Véase, para un análisis del discurso de la posmodernidad, José Ignacio López Soria, *Adiós a Mariátegui*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima, 2008.

17 Ulrich Beck, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1998.

tuir los espacios desde los cuales se piensan alternativas a los discursos hegemónicos. Por esta razón, y ante el fracaso de los países post-industriales de realizar sus propios proyectos de felicidad, autores como Jacques Le Goff sostienen que la fuente de una nueva manera de reflexionar el mundo se encuentra en nuestros países.¹⁸

Al igual que el discurso posmodernista, el globalismo también adolece de la capacidad de dar el paso a pensar en cómo construir un orden político. Pero hay otro aspecto que permite una conexión entre ambos discursos, a pesar de sostenerse en dos principios absolutamente antagónicos –el posmodernismo en la diferencia y el globalismo en la homogeneidad–: ambos imaginan a un individuo unitemporal, que vive, casi con desesperada angustia, el presente absoluto. Si en el horizonte subjetivo de las personas no cuenta el futuro ¿qué lugar puede ocupar el pensamiento político?

El intelectual disidente

Al interior de estos espacios de múltiples transformaciones y, por qué no, de crisis, hay que considerar a los sujetos de ideas, es decir, a los intelectuales. En los inicios de la modernidad, y especialmente desde el siglo XIX, el intelectual o sujeto de ideas, fue visto –y ese estatus le fue concedido– como el intérprete de la colectividad cultural y social de la nacionalidad. Él encarnaba lo mejor de la vida en común, estaba más allá de las peque-

ñas lides menudas y egoístas, defendía los grandes valores de la humanidad. Era visto, en suma, como un ser superior y, por lo tanto, se le creía cada vez que emitía un juicio o señalaba una ruta. A medida que transcurría el tiempo, el propio intelectual se despojó de su pretendida neutralidad y desnudó ante los ojos públicos sus propias aspiraciones políticas. Y no fue visto ello con malos ojos, por el contrario, se entendió que quien entendía mejor a la nación podía encarnarla de manera más eficiente. El sujeto de ideas, al menos aquel que ingresó a los predios políticos, dejó de ser el ser crítico para convertirse en uno más en el campo de la lucha por el poder. Frente a él hubo intelectuales que prefirieron permanecer atentos ante los deslices de quienes participaban en el combate político. Optaron por ser la consciencia crítica de la vida pública, dispuestos siempre a denunciar la corrupción y la hipocresía. Algunos prefirieron hacerlo desde una tribuna amplia y no partidarizada, otros, por el contrario, decidieron constituir sus propias organizaciones políticas para controlar al poder primero, y tomarlo si fuera necesario, después. Finalmente, hubo quienes decidieron no participar del poder salvo en casos que éste los demanden como técnicos o asesores.

En algunos casos con relativo éxito, pero en general acumulando sendos fracasos, los sujetos de ideas poco a poco dejaron de interpretar las necesidades y los deseos de la sociedad, papel por el

18 Las razones de esta esperanza, fundada o no, se sostienen en que las sociedades tradicionales no han sustituido los vínculos personales y sociales, tampoco han roto sus vínculos con la naturaleza y no han renunciado a valores sustanciales que les permiten imaginar el futuro deseado.

que había peleado desde los inicios de la modernidad.

Al interior del proceso descrito a muy grandes rasgos, es posible afirmar que, en alguna medida importante, hoy en día el intelectual también muestra la fatiga del ciudadano contemporáneo. En efecto, si observamos con detenimiento, ya no es el sujeto crítico que se opone por principio al sentido común, sino que se ha vuelto parte de la competencia por la espectacularidad (también manda codazos con tal de aparecer en pantallas para hablar sobre cualquier tema), ha constreñido los alcances de sus reflexiones (sus discursos son cada vez más locales y acotados) y ha contribuido, quizás sin quererlo, a deteriorar su espacio natural de reproducción, cual es el campo cultural (el cual en sí ya no le reditúa prestigio social). Así, ya no es el personaje que genera ideas y debates, en otras palabras –las de Adan Smith, no las mías–, ya no actúa como ideólogo, como justificador de proyectos políticos, quizás porque no hay proyectos políticos que justificar, ni como un crítico. Estamos frente a un círculo vicioso, pues el orden político no necesita ideas y proyectos que lo legitimen ante la sociedad, y los productores de ideas y proyectos buscan ser parte de ese orden sin crítica alguna.

Como he sostenido, el intelectual justifica su existencia social porque tiene –al menos así se espera– la capacidad de

pensar más allá de sus circunstancias. Pero en las condiciones actuales, de tan profundas transformaciones críticas, no puede ser solo un notario de la realidad. Si bien ya el tiempo del intelectual-oráculo pasó, tiene que recuperar su capacidad de disidencia. Es necesario que re-piense las bases de la comunidad política. Para regenerar el pensamiento político, el intelectual disidente debe ubicarse en los bordes de lo dado para, desde esa colocación, mirar la vida con mayor amplitud y así recuperar su capacidad de otorgar sentido a la realidad con perspectivas de futuro, que contribuya a tramontar el talante economicista e inmediatista que impregna las miradas de hoy.

Hace algunos años, en un artículo muy influyente en su tiempo, José Nun sostenía que era posible observar algo que, además, era necesario: la emergencia de la voz de cuestionamiento de los movimientos sociales de grupos tradicionalmente marginados. A este proceso lo llamó “la rebelión del coro”.¹⁹ Pero ahora, esa rebelión corresponde, desde mi punto de vista, a los intelectuales que en gran parte componen el canto coral del discurso neoliberal que se pretende pensamiento único.²⁰ Esa rebelión, precisamente, coloca al sujeto de ideas como un intelectual disidente. Y desde esa actitud puede contribuir a la conformación de una contra-élite que, a su vez, reformule las prácticas políticas.²¹ En ese

19 José Nun, “La rebelión del coro”, en *Punto de Vista*, Buenos Aires, marzo de 1984.

20 Véase el libro de Theotonio dos Santos, *Del terror a la esperanza. Auge y decadencia del neo-liberalismo*, Monte Ávila editores, Banco Central de Venezuela, Caracas, 2007.

21 Agradezco la sugerencia del politólogo chileno Paulo Hidalgo, quien desarrolla su análisis sobre la crisis de representación política en su país y busca proponer un programa intelectual y político que aborde la fragmentación y busque representar al ancho mundo de excluidos.

proceso, el sujeto de ideas se recolocará en la necesaria función de vincular la política con la sociedad. Ya no puede estar por encima de los conflictos sociales, en un supuesto pedestal superior, ahora su papel es unir, acercar, hacer dialogar esferas distintas de la vida social. El propio intelectual se ha modificado en la medida que la sociedad se ha ido transformando.

De lo mencionado, creo que se desprende fácilmente lo que pueden ser considerados los retos del pensamiento político. Uno fundamental, a mi juicio, es recuperar el sentido humanista de las reflexiones, recolocar al ser humano en el centro de las preocupaciones y, desde ahí, repensar en las nuevas formas que nos vinculen entre nosotros y nos permitan reconciliarnos con el medio ambiente. Solo así se podrá incidir en la

conformación de las colectividades sin temer al futuro, para que la tecnología esté al servicio de las personas en vez de aprisionarlas y, por qué no, que exista un poco más de poesía que de economía.

Pero subyace una preocupación que no se puede soslayar: las ideas y el pensamiento, en este caso político, no serán socialmente útiles si no están vinculados a la vida política misma. En términos de Pierre Bourdieu,²² el campo cultural y el campo político deben ser mutuamente complementarios. Ejemplos existen a lo largo de toda la historia: en los momentos que hubo mayor intensidad en los debates intelectuales existió una vida política activa, y, por el contrario, cuando la vida política se mostraba más dinámica y enraizada con la vida social generaba más diálogo intelectual. Ambas esferas o campos están indisolublemente unidos.

22 Véase, entre otras obras de Pierre Bourdieu, *Campo de poder y campo intelectual*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1983.

